

Inquisicion francesa. Nada encontraron ciertamente, pues aunque tiró mil ejemplares de la obra, recatólos el filósofo con gran sigilo y acertó á libertarlos de las inquisitoriales pesquisas. El 26 de marzo estaban ya las cartas particulares de la polémica privada, por Servet con Calvino sostenida, en manos de los inquisidores franceses, además de muchas indicaciones respecto al origen, al nombre, al carácter, al oficio del perseguido pensador. Calvino se dejaba llevar en este asunto de una crueldad instintiva soló comparable á la crueldad de las alimañas carniceras y feroces. Cuantos datos pudo recoger en su memoria sañuda, otros tantos envió á los inquisidores católicos, trocándose de regenerador del humano espíritu en familiar del Santo Oficio. Historia de las ideas de Servet, lista de sus libros, indicacion de su nacimiento, resúmen de sus luchas con los primeros teólogos protestantes, sumario de sus concepciones científicas, delacion hasta de impresores y cajistas, cuanto podia cooperar á que se abriese un proceso y se condenara un reo, todo lo hizo con aquella fingida sangre fria bajo cuya nieve se ocultaban tantos volcanes de implacables rencorosas pasiones. Caso raro el de Servet en esta ocasion y caso imputable á la cólera que despertaba en su pecho la presencia de Calvino. Mientras en el proceso de Ginebra, cuando cayó en las garras del reformador distinguióse por su franqueza, bien al revés en el proceso de Viena, distinguióse por su disimulo y por su reserva. Recató su persona, ocultó su nombre, declaróse autor tan solo de los libros geográficos ó médicos, calificó de mero ejercicio dialéctico su disputa con Calvino, y pidió piedad á los jueces y conmiseracion á Dios despues de haber declarado cuán ajenos estaban su ánimo y su voluntad á todo propósito y conato de revolucion religiosa.

No le valieron estos subterfugios. Aunque los magistrados eclesiásticos se veian poderosamente cohibidos por el prelado de Viena y cohibidos tambien los magistrados civiles por el síndico de la ciudad, no pudo impedirse ni negarse la prision de Servet. Ya en la cárcel, tuviéronle todo género de consideraciones, adornándole con favores vecinos á la libertad su triste y siniestra jaula. Servet pudo comunicar con los de afuera largamente y á su sabor, pedir cuantos objetos le sugeria la mente ó le deseaba la voluntariedad, tener toda la fortaleza por cárcel como si fuera palacio propio, pasearse á sus anchas en el inmenso jardín que se asemejaba por su extension á un bosque,

donde podia correr á su arbitrio la libertad mas suelta. En tal situacion pensó lo que no podia menos de pensar, ponerse pronto en cobro y salvarse á la Inquisicion implacable que dulcificaba los procedimientos sin poder evitar una sentencia cruel y un fin desastroso. Pidió ropas á unos, dineros á otros, y en alegre mañana de abril, cuando apenas rayaba en los bordes del Oriente la rosada aurora, mudóse de traje, dejó su ropilla de paño y su gorra de terciopelo al pié del muro que asaltó con resolucion, y dándose despues de atravesar el Ródano á correr el campo, llegó á oír las campanadas de rebato, los clarines de alarma, el requerimiento de armas, los gritos de las patrullas, todas las disposiciones inmediatas al conocimiento de su inesperada fuga. La suerte que le reservaba la Inquisicion pudo verse bien claramente el día 17 de junio de 1553. Los papeles recogidos, los libros embargados y la efigie misma de Servet, fueron en haces de leña envueltos y quemados á presencia de la magistratura civil y eclesiástica para mostrar como en la barbarie y crueldad de aquellos tiempos toda religion oficial padecia de igual intolerancia y todas las Iglesias cristianas pedian á los Estados sus potros, sus suplicios, sus sazones y sus verdugos.

Tras tantos padeceres el corazon de Servet debia dilatarse, y enrojecerse su sangre al oxígeno del campo y al goce del albedrío. En aquellas regiones el mes de junio equivale por completo al principio de nuestro mes de mayo. Los cielos se despejan de nubes, las tierras se cubren de flores, los aires se hinchan de arpegios y gorjeos. Servet se dió á correr á su arbitrio por la campiña y á huir del contacto y comercio de los hombres. Su naturaleza panteística debia embriagarse con embriaguez divina en aquellos efluvios de la vida universal. Quien como él veia en todo á Dios, no necesitaba ni de templos ni de altares, ni de liturgias mas ó menos ortodoxas, ni de oraciones mas ó menos eclesiásticas para caer de rodillas ante Dios y adorarlo así en el soplo de aire vivificador que penetraba en sus pulmones, como en el rayo de lejana y misteriosa estrella que recogia en su retina. Naturalmente, despues de los excesos de la sociedad, de sus tiranos, de sus calabozos, de sus inquisidores, surgia en aquel ánimo poético de filósofo perseguido y errante la pasion por el campo y por la soledad del campo. Mas los instintos sociales volvieron á renacer en su alma, pues el hombre, antes que á la naturale-

za, pertenece á la sociedad. Sus ojos convirtiéronse al Occidente, á la tierra donde el sol se pone, á su patria, á España, y las gigantes alas de su idea se plegaron y recogieron sobre el amoroso nido de los primeros recuerdos. Marchara indudablemente hácia ella buscando la paz del alma en su regazo maternal, si el humo de la Inquisicion no deslustrara tambien sus espléndidos cielos y de ellos no ahuyentara la divina luz del pensamiento. Servet sabia que sus libros heréticos no penetraron jamás en España, pero sabia tambien que la Inquisicion recelosa indagaba hasta los secretos de la vida privada en el hogar y los secretos de la fe íntima en el pensamiento. Así pensó atravesar los Alpes, recorrer Italia y albergarse allá en Nápoles, que, si bien dominada por el Imperio español, tenia por la dulzura de sus costumbres y el alejamiento de los poderes supremos, una libertad relativa. En Nápoles Servet hubiera podido dar esplayamiento á su alma en la contemplacion de la Naturaleza y del arte, así como ejercer su profesion de médico, para la cual sentia tantas vocaciones y en la cual mostraba saber teórico y práctica experiencia. Indudablemente al tomar hácia las líneas orientales del cielo en su peregrinacion parecida en todo al viaje de las aves emigrantes, Servet pensó en Italia y se propuso escalar y franquear las cimas de los Alpes. Háse tenido por el prodigio mayor de la humana fortaleza el paso de Aníbal movido y arrastrado por sus odios inextinguibles á la Ciudad Eterna. Pero al fin representaba el héroe cartaginés las tradiciones de una raza é iba en alas de sus pasiones por numeroso ejército secundado. Pero imaginad el valor que necesita un pobre sabio, solo en el mundo, sin familia y sin amigos, débil de cuerpo, frágil de salud, perseguido por los mismos bienes que ha hecho y por las mismas ideas que ha sembrado, para entregarse como el águila de las alturas á las ráfagas del viento y atravesar con riesgo continuo y en continuas zozobras aquellos desfiladeros donde los torrentes arrancan á vuestros piés el suelo y los aludes se suspenden sobre vuestras cabezas. Lo cierto es que aquel gran sabio, fundador casi de la geografía comparada, comentarista ilustre de Tolomeo, corrector diestro de tantos errores cosmológicos, no sabia en realidad donde se hallaba, ni sabia por qué camino iba, entregándose á la casualidad como el cuerpo inerte caido en un torrente.

El 13 de agosto de 1553 llegó el infeliz Servet á la, para él, nefasta Gine-

bra. En ningun momento de su vida se muestra como en este trágico momento, el candor infantil de su sabiduría. Despues de pasar tantos meses fugitivo, errante, al acaso, esquivando la sociedad y hasta el encuentro de los hombres, da en el escollo mas peligroso para su procelosa vida y se queda en él como si los instintos de conservacion existentes hasta en los seres mas ínfimos, no le avisasen la proximidad irremisible de su muerte. ¿Qué creyó Servet? Apenas quedan otros documentos que las luctuosas cartas escritas de improviso en la prision para mover á piedad el despiadado corazon de sus jueces. ¿Qué debia creer aquel cuitado al verse dentro de Ginebra y quedarse? ¿Pues no sabia que Calvino mandaba en la ciudad con la peor de las dictaduras, con la dictadura teocrática, la cual dispone contra sus víctimas de la Iglesia y del Estado, del cielo y de la tierra? Todo sér inferior lanzado por el destino ciego á las batallas de la vida, sabe contar á un tiempo sus medios de defensa y sus enemigos y acechadores. Servet no sabia que estaba en Ginebra su delator, su enemigo, su sayon, su verdugo, el cual, cegado hasta en sus facultades intelectuales por los vapores de una hiel venenosa y devastadora, se habia convertido en lo mas indigno y mas vil que puede ser un hombre, se habia convertido en delator oficioso de su persona y de sus obras á la dura Inquisicion católica. Indudablemente aquel sabio, en su candor sencillo, en su inocencia edénica, en su rectitud natural, en su desconocimiento del mundo y de los hombres, habia llegado á creer que bastaba á un escritor la contradiccion espiritual y teórica para sus satisfacciones y para sus triunfos. Poco diestro en las sirtes de la política; poco ducho en el arte de dirigir á los hombres; ignorando los resortes del gobierno, quizás creia en su ignorancia del Estado, que toda República democrática tenia el deber de asegurar á sus ciudadanos en general y en particular á sus huéspedes, la vida y la libertad. Pero ¡ah! que los temperamentos mas fuertes y los organismos mas robustos se envician y empestan cuando respiran miasmas pestilenciales en una atmósfera corrompida y apestada. Y la intolerancia religiosa, esa peste horrible, cerníase durante todo el siglo décimosexto sobre Imperios, Monarquías y Repúblicas. Todos los perseguidos convertíanse á una en perseguidores así que alcanzaban los poderes supremos del Estado. Sobre todo Calvino creíase á sí mismo una idea viva revelada por el cielo á

la tierra y constreñida por razon de su misma grandeza y excelsitud á imponerse con fuerza é imperio al humano linaje sin mirar á quién sacrificaba en sus combates ni qué sacrificios de la justicia y del derecho debía hacer por el providencial logro de su completa victoria. Para encontrar un hombre semejante se necesita descender hasta el católico Felipe II y el jacobino Robespierre, fanáticos y supersticiosos hasta el delirio, con las fuerzas del Estado y del gobierno á su disposicion y á su arbitrio. Por regla general histórica el gobierno, ministerio de conciliacion y de transigencia, suele caer en manos de seres conciliadores y transigentes. Y cuando, por los movimientos de la revolucion ó por los caprichos de la herencia, llega el poder á manos del fanatismo, lo convierte, ya sea ese fanatismo protestante, ya católico, ya revolucionario, en sangrienta é implacable dictadura. Calvino tuvo el Estado de Ginebra por virtud y obra de la revolucion religiosa; Felipe II tuvo el Imperio de España por virtud y obra de la reaccion católica; Robespierre tuvo la República de Francia por virtud y obra de la revolucion democrática: los tres á una se creyeron vivas encarnaciones de las ideas, enviados de Dios, salvadores del mundo, y al impulso de tales creencias procedieron, dentro de sus particulares órbitas, como los profetas y los conquistadores mahometanos. Calvino encontró en su vía como piedra de tropiezo al gran Servet y lo sacrificó sin piedad y sin entrañas, de igual suerte que mas tarde Felipe de España y Robespierre de Francia, por igual yerro, generador de iguales crímenes, sacrificaran respectivamente á Montigni y á Danton. ¿Cómo aquel Calvino, que consagrara sus facultades intelectuales todas á formular una doctrina y su vida total á cumplirla y organizarla, creyéndose á todas horas en comunicacion directa con Dios y destinado á salvar el mundo, habia de consentir que un sabio, abstraído en sus meditaciones y separado de los negocios de la tierra, le arrojara entre los piés tantas serpientes, y no habia de aplastarlas? El fanatismo tiene todo eso de horrible, que trueca en virtud el crimen y ahoga hasta la voz de Dios en la divina conciencia.

Servet padecia de una especie de ceguera incurable, cuando se trataba de la defensa y salvacion de su vida. No solo se quedó en la ciudad gobernada por Calvino, sino que se dirigió tambien á la Iglesia donde Calvino reunia frecuentemente á los fieles para predicarles con su acostumbrada sencillez la

verdad cristiana. No obstante el largo tiempo de separacion, á una mirada tan penetrante como la mirada de Calvino y á una memoria tan viva como su memoria, no podia despintársele, no, la figura y la fisonomía de Servet. Alto este y un poco desgarbado, embarazoso en sus maneras, agitado, y nerviosísimo en sus movimientos, alto de estatura, de muchos huesos y de curtida piel, ancha la frente, vivos y profundos los ojos, distinguíase por la luenga barba que casi le tapaba el pecho, encanecida y blanqueada, no tanto por su edad como por sus contratiempos. Tentado por su naturaleza íntima de la cólera y propenso á la venganza, Calvino perdió la luz de los ojos y el hilo de la arenga en cuanto viera en un rincon del templo á su contradictor que le oia con atencion profundísima y le miraba con ojos escudriñadores. Las blasfemias asestadas á la Trinidad y las injurias dichas á su propia persona, en tales términos se arremolinaron sobre su corazon, que creyó propio de su ministerio divino y espiritual, ofrecer á la verdad religiosa, por su corazon sentida con tanto fervor, el holocausto sangriento de aquella víctima propiciatoria.

Fácil encontrar el asilo de Servet en ciudad inquisitorialmente organizada como Ginebra. El gran pensador, cansado sin duda de la soledad y del silencio á que le condenara su precipitada fuga de Viena, habíase fuertemente asido como un náufrago á la ciudad donde creyó encontrar un puerto y encontró un suplicio. La posada de la Rosa, establecida en las orillas del lago de Ginebra, fué su asilo, y allí le halló la venganza de su perseguidor. Necesitaba, destituido en apariencia de toda autoridad civil y política, ganarse los jueces para perder al filósofo. Y conocedor de las leyes, como buen abogado que de suyo era, encargó á su propio cocinero, llamado Nicolás, el vil oficio de acusar y delatar á Servet. En efecto, Nicolás formuló sin empacho de ningun género la triste acusacion y se constituyó en prision junto á Servet, segun pedian las leyes de Ginebra. El código penal de la ciudad demandaba que todo acusador se constituyese preso con su acusado hasta tanto que probara la verdad de sus asertos. Constituyóse el tribunal para oír la terrible acusacion el dia 15 de agosto del año 1553. Bien pronto el acusador obtuvo su libertad en prueba evidente de haber aceptado los jueces el fundamento de la delacion. Efectivamente, Nicolás acusaba con documentos á Servet, de haber escrito varias proposiciones heréticas, así respecto á la doble natu-

raleza de Cristo, como respecto á las tres personas de la Santísima Trinidad, injuriando al mismo tiempo la Iglesia de Ginebra en la persona de Calvino. Ya hemos notado que las ideas de Servet, por lo que á la naturaleza de Dios respecta, eran unitarias, por lo que á la divinidad de Cristo, semi-arrianas, y por lo que á la naturaleza del hombre, á sus facultades, á su albedrío, á su voluntad, completa y absolutamente pelagianas. Además, creyendo el sacramento del bautismo propinable solo á los adultos, como sucede con el sacramento de la Eucaristía, sostuvo Servet ideas anabaptistas, aunque apartándose de los excesos demagógicos, propios de una escuela, en su mayor parte, inclinada, desde sus orígenes, á la triste y absurda comunidad de bienes. Una diferencia ya notada entre Servet ante los tribunales de Viena y Servet ante los tribunales de Ginebra. Mientras allí se recataba con sigilo, rehuía toda responsabilidad con eficacia, negaba la paternidad de los libros contrarios á los dogmas, atribuía sus disputas con Calvino á mero deseo de argumentar y contradecir escolásticamente, en Ginebra, cuanto mas le amenazaba la muerte, mas se erguía y ufanaba con la confesion paladina de todos sus principios. Indudablemente Servet ignoraba cuán poco las realidades responden, especialmente las realidades políticas, á los puros conceptos de la inteligencia. Como habia creído á Calvino capaz de reducirse á la lucha de las ideas y contentarse con las victorias intelectuales y morales, habia creído incapaz á la República de perseguir los disentimientos y las herejías con el hierro y el fuego, propios de la pública y material autoridad. Nunca, ni en las horas mas adversas, presintió la suerte que le deparaba el odio de sus enemigos. A la cabeza del tribunal veía todo un Berthelier, partidario de la libertad, opuesto á la dictadura calvinista, liberal, célebre por su entereza y magistrado incorruptible en su severa y constante rectitud. Esta presidencia, de Calvino temida, obligóle á una insensata intervencion anormal en el escandaloso proceso. Así, el primer interrogatorio fué presidido por el jefe de la Iglesia ginebrina en odio al magistrado de la República. Nada quedó á la investigacion de aquellos jueces oculto. Las teorías divulgadas en Alsacia y en Basilea, los intentos de propaganda en Paris, las notas puestas y los escolios añadidos al volumen de Tolomeo, los conceptos relativos á la significacion de las profecías hebraicas, la exégesis un tanto libre de la Biblia, el problema de la Trinidad, el fondo panteista de su filosofía, las

anotaciones al libro en que Calvino doctrinaba la Iglesia de Ginebra, todo esto se le arrojó al rostro y se le imputó como un verdadero crimen contra las ideas cristianas y contra la persona de Cristo. A pesar del empeño nobilísimo que Berthelier tenia de dulcificar el proceso, en parte por consideracion á Servet y en parte por odio á Calvino, ante imputaciones de tal gravedad, no tuvo mas recurso que dejar á la justicia su ministerio libre y entregar la implacable acusacion al procurador oficial de la República.

Conmueve profundamente la contradiccion radical entre las ideas que sobre la naturaleza de la religion profesaba Servet y las ideas de su siglo. El gran pensador tomaba la persecucion á la conciencia y á la fe como cosa desconocida en los primeros tiempos y por los santos apóstoles, que acababan de beber la verdad cristiana en sus mantiales mas primitivos y puros. Para él, como para nosotros hoy, el castigo material no tiene ninguna eficacia, ninguna legitimidad aplicado al sér y esencia del alma. Una doctrina se contesta con otra doctrina y al error se le ahoga con la verdad, que no conoce verdugo. Todo su crimen consistia en haber oido la razon, que es la voz de Dios dirigiendo el alma, y en haber oido la conciencia, que es la voz de Dios dirigiendo la vida. En aquel relampagueo universal del espíritu humano, habia llevado á la controversia los datos que creia mas seguros y los principios que creia mas claros. Enemigo de todas las perturbaciones, si en alguno de sus dogmas habia estado con los anabaptistas acorde, no profesaba ni sus ideas respecto á la comunidad de bienes, ni mucho menos su inclinacion á la violencia y á la guerra. Filósofo entregado al puro y abstracto raciocinio, nada tenia que ver con la impura y perturbada política. Sin embargo, sacerdotes de una Iglesia cristiana y magistrados de una República libre, habíanle metido en dura cárcel y no le dejaban ni siquiera derecho á la defensa.

A pesar de lo clara que era la inocencia del gran pensador, pues los conceptos del entendimiento pueden llamarse errores, pero no pueden llamarse crímenes, Calvino intentó encontrar hasta en la vida privada bases para una mayor acusacion y mas despiadada sentencia. Así, obligó á los magistrados á que dirigieran á Servet preguntas tan extrañas como si habia leído el Koran ó no, si habia estado preso en alguna parte que no fuera Viena, si habia tenido propension al vino y al amor, y el motivo público ó secreto de no haberse